

Bolivia:

metamorfosis del sistema de partidos

René Antonio Mayorga*

En dos décadas de construcción democrática, las elecciones generales del 30 de junio de 2002 fueron las más imprevisibles. Ante una esperada arremetida antisistémica, estas elecciones parecían encaminadas a producir efectos letales sobre el sistema de partidos y el gobierno o a desnudar los límites insuperables del sistema democrático dando paso a la alborada de una transición hacia la “democracia plebeya”. En un contexto de polarización de las opciones electorales, muchas cuestiones de fondo flotaban en un ambiente pre-electoral atizado vivamente por los medios de comunicación. El sistema democrático daba la impresión de estar sumergido en una crítica coyuntura política de inflexión y ruptura de toda una época política. Dado el trasfondo de la grave crisis social y política de 2000, el legado perverso del gobierno de Banzer y el relativo desencanto de la población con la política, se temía que la crisis de credibilidad de los partidos tocaría fondo generando efectos disruptivos sobre la representación política y la capacidad de los partidos predominantes para sobrevivir. Igualmente, se presentían cambios de magnitud por la emergencia política de movimientos indígenas y el ascenso “incontenible” de la neopopulista Nueva Fuerza Republicana (NFR). Y, por último, ante el casi seguro declive del trípode de partidos que sostuvo a los regímenes democráticos desde

1985 parecía perfilarse como corolario inevitable un horizonte de inestabilidad e ingobernabilidad. Con este trasfondo me propongo analizar las consecuencias e implicaciones más notorias que tuvieron las elecciones sobre el sistema de partidos.

Del multipartidismo moderado al multipartidismo polarizado

A mi criterio, las elecciones presidenciales y parlamentarias del 30 de junio de 2002 han tenido cuatro consecuencias profundas sobre el sistema de partidos: a) una significativa recomposición, b) una fuerte polarización entre los partidos predominantes y nuevas fuerzas políticas, c) un avance cualitativo de la representación política por la inclusión de sectores indígenas y campesinos al sistema político y d) una importante redistribución territorial del voto. El efecto de mayor trascendencia ha sido, sin duda, una recomposición importante -aunque- parcial del sistema de partidos.

Hasta las elecciones de 2002, los rasgos estructurales fundamentales del sistema multipartidista boliviano fueron: a) un número efectivo de cinco partidos, b) la vigencia de un formato tripartidista, es decir, de una tríada de partidos relevantes (Movimiento Nacionalista Revolucionario -MNR-, Movimiento Izquierda Revolucionaria -MIR-, Acción Democrática Nacionalista -ADN-) para la formación de coaliciones gubernamentales con mayoría parlamentaria, c) el

* Politólogo.

Tabla I
Votos y escaños por partidos, 1985-1997
Cámara de diputados

Partido	Julio 1985			Mayo 1989			Junio 1993			Junio 1997		
	% votos votos	No. escaños	% escaño	% votos	No. escaños	% escaños	% votos	No. escaños	% escaños	% votos	No. escaños	% escaños
ADN	28.60	41	31.54	22.07	38	29.23	-	-	-	22.26	32	24.62
MNR	24.60	43	33.08	23.07	40	30.77	36.22	52	40.00	18.20	26	20.00
MIR	8.80	15	11.54	19.64	33	25.38	-	-	-	16.80	24	18.46
AP	-	-	-	-	-	-	21.45	35	26.92	-	-	-
UCS	-	-	-	-	-	-	14.02	20	16.15	16.11	21	16.15
CONDEPA	-	-	-	11.02	10	7.69	14.56	13	10.00	17.16	19	14.62
MBL	-	-	-	-	-	-	5.46	7	5.38	3.09	4	3.08
IU	-	-	-	7.21	9	6.92	-	-	-	3.71	4	3.08
MNRI	4.80	8	6.15	-	-	-	-	-	-	-	-	-
MNRV	4.20	6	4.62	-	-	-	-	-	-	-	-	-
PSI	2.20	5	3.85	-	-	-	-	-	-	-	-	-
FPU	2.20	4	3.08	-	-	-	-	-	-	-	-	-
PDC	1.30	3	2.31	-	-	-	-	-	-	-	-	-
EJE	-	-	-	-	-	-	1.30	1	0.77	-	-	-
FSB	1.10	3	2.31	-	-	-	-	-	-	-	-	-
MRTKL	1.80	2	1.54	-	-	-	-	-	-	-	-	-
ARBOL	-	-	-	-	-	-	1.30	1	0.80	-	-	-
ASD	-	-	-	-	-	-	1.30	1	0.80	-	-	-

Formula electoral	Doble cosciente y mayores	Doble cosciente y mayores	Sainte-Lagè	D'Hondt
Barrera Legal	Ninguna	Ninguna	Ninguna	3 %
Desproporcionalidad	3.17	6.88	6.44	4.41

Fuente: elaboración propia con base de datos de la CNE

pluralismo moderado y una polarización ideológica leve entre los partidos relevantes del sistema, d) la persistencia de mayorías relativas y e) una competencia partidaria predominantemente centrípeta¹ (ver tabla 1).

A partir de las elecciones de junio de 2002 estamos en una situación nueva. Ocurrieron cambios significativos del sistema multipartidista moderado que no se tradujeron en una descomposición, sino más bien

en una recomposición del sistema de partidos. Si entendemos un sistema de partidos como un conjunto estable de partidos que interactúan según reglas de juego aceptadas por todos, el sistema de partidos boliviano no se ha derrumbado ni ha llegado a su fin. Y esto no ha sucedido porque -a pesar de la ambigüedad de las actitudes del Movimiento al Socialismo (MAS) o NFR ante el orden democrático- las reglas de juego de la competencia política siguen vigentes. El cambio notable ha sido fundamentalmente la desaparición y declinación de algunos de los partidos y el surgimiento de otros lo cual equivale a una metamorfosis pero no a una disolución del sistema de partidos como tal². Es

1 La aplicación del artículo 90 de la Constitución ha sido en este proceso el factor decisivo y no el sistema de representación proporcional que ha estimulado la dispersión de la representación. Al arraigarse la lógica de los pactos políticos, esta disposición constitucional dio cobertura a una dinámica del sistema de partidos imponiéndose una retroalimentación positiva entre esta nueva lógica y el sistema de gobierno. La elección parlamentaria de los presidentes en el marco de coaliciones postelectorales marcó decisivamente la dinámica centrípeta del sistema multipartidista.

2 Un sistema de partidos puede sufrir transformaciones por distintas razones: alteraciones del entorno social, cambios en los patrones de competencia interpartida-

Tabla 2
Resultados de las elecciones generales del 30 de junio de 2002
por votos y escaños

No	Partido	Votos	%	Escaños	%
1	MNR	624.126	22.46	47	29.93
2	MAS	581.884	20.94	35	22.29
3	NFR	581.163	20.91	27	17.19
4	MIR	453.375	16.32	31	19.74
5	MIP	169.239	6.09	6	3.82
6	UCS	153.210	5.51	5	3.18
7	ADN	94.386	3.40	5	3.18
8	LJ	75.522	2.72	-	-
9	MCC	17.405	0.63	-	-
10	PS	18.162	0.65	1	0.63
11	CONDEPA	10.336	0.37	-	-
	No de Votos	Votos %			
Votos Válidos	2.778.808	92.81			
Votos Blancos	130.685	4.36			
Votos Nulos	84.572	2.82			
Participación	2.994.065	72.06			

Fuente: elaboración propia con base de datos de la CNE

indudable que el trípode de partidos se deshizo. ADN que en las elecciones de 1997 obtuviera el 22.26% de los votos y 45 escaños, sufrió una catastrófica derrota, convirtiéndose en un partido marginal y está prácticamente al borde de la desaparición al alcanzar solo el 3.4% de votos y 5 escaños. Su catastrófica derrota fue algo previsible y casi un resultado esperado debido a la pésima gestión del gobierno de Banzer, cuya muerte terminó en comprometer seriamente el futuro del partido. Para el sistema de partidos, la marginalización de ADN implica ciertamente el debilitamiento del eje de partidos que sostuvo el proceso democrático hasta ahora, pero de ninguna manera una descomposición o su relevo por otro eje de partidos (ver tabla 2).

La descomposición del trípode dominante no trajo entonces como consecuencia el derrumbe conjunto de los tres partidos que lo conformaban ni tampoco el colapso del sistema de partidos. El trípode dejó de existir pero el MNR y el MIR mantuvieron su posición de partidos relevantes de tal manera que se convirtieron en la columna vertebral de una nueva coalición de gobierno. La razón es simple. El MNR ganó las elecciones por una ligera mayoría relativa del 22.46% de los votos; sin embargo, obtuvo la bancada más fuerte de 47 escaños mientras que el MIR con el 16.32% de los votos se colocó como tercera fuerza parlamentaria con 31 escaños de un total de 157 escaños parlamentarios. Son estos resultados -que reflejan la desproporcionalidad del sistema de representación personalizada- los que hicieron posible que el MNR y el MIR armaran una coalición parlamentaria y gubernamental inicialmente con 78 escaños o el 49.67% del Congreso -casi la mayoría absoluta de 79 escaños- y luego am-

ría, modificaciones de la estructura organizativa de los partidos y desaparición y/o surgimiento de los partidos que lo componen.

pliada con el apoyo de Unión Cívica Solidaridad (UCS) y ADN a 88 escaños o el 56.03% del total de escaños. Por lo tanto, no se puede afirmar que las elecciones hubieran desbaratado el sistema de partidos o creado otro eje político alternativo con capacidad de acceder al gobierno. Por el contrario, las elecciones hicieron posible que el MNR y el MIR continuaran como partidos relevantes con fuerza parlamentaria y capacidad de coalición. Atenerse solo a la votación obtenida por los partidos no permite comprender los cambios en el sistema de partidos y la nueva correlación de fuerzas, y menos la lógica de la formación de gobierno que está inscrita en el sistema de elección congresal del Presidente de la República.

El sistema de partidos sufrió también una sustancial modificación porque los dos partidos neopopulistas que surgieron a fines de la década de los ochenta se hundieron: UCS pasó a la marginalidad al obtener solo el 5.5% de los votos y 5 escaños, y CONDEPA (Conciencia de la Tierra Patria) -un patético caso de muerte anunciada- colapsó totalmente con apenas el 0.36% de los votos perdiendo así su personería jurídica. Para tres de los cinco partidos importantes desde 1989, las elecciones han significado entonces la tumba o la caída en picada de la cual será muy difícil recuperarse.

Por otras dos razones, se puede decir que la recomposición ha sido igualmente significativa. En primer lugar, importantes movimientos campesinos se transformaron en movimientos políticos logrando una representación política de carácter histórico. El movimiento campesino liderado por Evo Morales se ubicó en segundo lugar con el 20.94% de los votos y 35 escaños, participando con la sigla MAS. Si se agrega la votación del Movimiento Indígena Pachakuti (MIP), dirigido por Felipe Quispe, que consiguió el 6.09% de los votos y 6 escaños, ambos movimientos alcanzaron el 27.03% de los votos y 41 escaños que constituyen el 26% del total de escaños en el Parlamento³.

En segundo lugar, NFR, el partido neopopulista dirigido por Reyes Villa, se ubicó, en términos de votos, en el tercer lugar con el 20.91% de los votos pero, en términos de escaños, en el cuarto lugar. Con estos resultados, aunque el número efectivo de partidos se mantiene inalterable en cinco, es indudable que el sistema de partidos ha sufrido una notable transformación respecto a los actores que lo componían (Ver tabla 2).

La segunda consecuencia de gran alcance ha sido la polarización del sistema multipartidista a causa del surgimiento de movimientos políticos de tendencia fuertemente antisistémica -el MAS y el MIP- y, en menor medida, de la neopopulista NFR. El poder parlamentario logrado por el MAS y el MIP ha polarizado el sistema de partidos porque ambos son movimientos sociales hostiles a la democracia representativa y rechazan el modelo de economía de mercado. Se ha abierto, por tanto, una nueva distancia ideológica con los partidos sistémicos. Incluyo parcialmente al NFR dentro de este escenario de polarización por ser un partido neopopulista que propone un retorno al sistema de control estatal de la economía. Pero mientras el MAS tiene alguna posibilidad de transformarse en un partido fuerte, todo indica que NFR es un partido volátil cuyo crecimiento a escala nacional ha sido más aparente que real. No tiene una sólida organización y carece de cuadros políticos competentes y experimentados así como tampoco tiene un programa político. No hay elementos para afirmar que el meteórico ascenso de NFR pueda consolidarse en un poderoso partido de oposición. Como fenómeno pasajero, lo contrario es más probable: tenderá a dividirse y a escindirse en grupos que apoyarán o se opondrán al gobierno.

Estos partidos capturaron el descontento acumulado por la crítica situación de pobreza y exclusión social, y por los graves desaciertos del gobierno de Banzer. De hecho, el electorado se dividió casi en dos campos iguales de

3 Se trata de la mayor representación parlamentaria de la región andina.

tiles a la democracia representativa así como en su capacidad de movilización social con la cual pretenden desestabilizar el sistema político y obstaculizar las políticas que el gobierno piensa llevar a cabo. Por tanto, se trata de un problema derivado de una estrategia dual de oposición que se propone atacar al gobierno desde adentro y fuera del Congreso y también utilizar las instituciones democráticas para un cambio radical del sistema político.

Es poco probable que se produzca una correspondencia estricta entre la ideología radical y la política concreta. Los objetivos programáticos del MAS son tan radicales y utópicos -sustituir la democracia representativa por la democracia del ayllu y cambiar la estructura del Estado por un conjunto atomizado de “gobiernos soberanos magños”- que cualquier intento de ponerlos en práctica tendría efectos destructivos sobre el sistema democrático y la propia organización del MAS. Dependiendo de una política gubernamental que otorgue espacios a la negociación, es probable que la política de confrontación del movimiento campesino tienda a mitigarse y éste opte más bien por actuar en un campo institucional. Por más que las perspectivas no sean prometedoras por los graves temas en disputa -sobre todo, la erradicación de la hoja de coca-, es imposible descartar a priori que la polarización resultante de las elecciones ceda y se abra paulatinamente un espacio para una política de oposición moderada y constructiva. Pero esta perspectiva dependerá de la capacidad del MAS y el MIP de convertirse poco a poco en partidos políticos pasando de la lógica sindical a la lógica política. Ambos están ante el reto de diferenciar formas y espacios de acción que tienen lógicas distintas; desafío que compromete a todo el sistema democrático porque tiene que ver con la ampliación de la esfera política y la coexistencia de movimientos sociales y partidos políticos. Si la lógica sindicalista prevaleciera, la acción política y el tipo de oposición responderían a las formas de acción de movimientos sociales extra-institucionales aplicando los métodos de la presión, los bloqueos y las movilizacio-

nes. Esta es la lógica que subyace a la citada “estrategia del cerco” que es una estrategia dual por la cual la actividad parlamentaria se verá sometida a la lógica sindical y extra-parlamentaria. En este caso, las perspectivas de reducir la polarización del sistema político y sustituir la oposición antisistémica por un tipo de oposición constructiva serían muy débiles.

El tercer efecto de gran relevancia ha sido la inclusión de nuevos sectores sociales al sistema político. Dadas las características del sistema electoral de doble circunscripción y representación proporcional personalizada que se aplica desde 1997, el sistema democrático ha demostrado tener una gran capacidad de inclusión y adaptación política a las nuevas tendencias sociales (Mayorga 2001). Si comparamos con intentos previos de partidos kataristas, tanto fundamentalistas como moderados, en la década de los ochenta, es indudable que la lucha por la representación política autónoma de la masa indígena ha dado un salto cualitativo. Por diversas razones, los partidos kataristas nunca habían superado el 2% de la votación. El salto cualitativo en las elecciones de 2002 responde a dos tendencias y procesos de acumulación política de largo alcance que fueron desarrollándose a partir de la reforma electoral de 1994-1996 -que impulsó la territorialización del voto- y de la aplicación de la ley de participación popular que ha creado nuevos espacios de competencia política en el ámbito municipal. En contraste con anteriores elecciones, grandes sectores campesinos e indígenas participaron votando por opciones propias fortaleciendo la tendencia hacia una representación político-partidaria autónoma basada no solo en demandas económico-sociales, sino en el principio de identidad étnico-cultural. Por otro lado, se ha producido un notable desarrollo de la representación política en la dimensión de la representatividad, es decir, se abrió paso la representación “descriptiva” que satisface el requisito de semejanza por el cual un sector social o étnico-cultural elige representantes que reflejan sus propias características sociales

y culturales. De este modo, los campesinos aymaras eligieron a representantes aymaras o los cocaleros del Chapare a sus dirigentes sindicales. El otro aspecto importante ha sido que los movimientos indígenas han desarrollado la capacidad de transformar su fuerza de movilización social en poder político e ingresar al sistema político-institucional. De ahí que las elecciones han sacado a la superficie no solo el creciente potencial político de estos movimientos sociales, sino que también han robustecido la lucha de pueblos indígenas por una representación política propia. El sistema político ha permitido, por tanto, que movimientos sociales e identitarios pudieran transformarse en movimientos políticos con representación política propia.

El viraje cualitativo que ha experimentado el sistema democrático consiste principalmente en el significativo avance del pluralismo multiétnico y multicultural. Sin embargo, no es menos cierto que con este giro se han destapado discrepancias conceptuales y normativas sobre la democracia que anidan hace tiempo en el sistema político y que están en la raíz de la polarización entre dos vías incompatibles: una vía de ruptura con el sistema democrático y una vía de democracia multicultural centrada en el reconocimiento de las diversas identidades étnico-culturales dentro del contexto constitucional y normativo del sistema democrático. Ambos caminos expresan diferencias culturales y normativas que han reproducido un clivaje político que el sistema político ha empezado a resolver de manera democrática. Esta tarea es de dimensión histórica en la medida en que lo que está en juego es una empresa de conciliación de dos concepciones diversas de organización política que, a mi criterio, pueden convivir en el ámbito local y municipal. Semejante desafío se nutre paradójicamente de la fuerza social y política del MAS y el MIP como movimientos identitarios cuya lógica de acción política y movilización es la “demarcación étnica de límites” (Eder 2001:202) utilizando códigos discursivos que tienen como objetivo defender una identidad colectiva propia y so-

bre esta base refundar el sistema político. Entre estos códigos están principalmente la democracia del ayllu, la lengua, las tradiciones ancestrales, la hoja de coca como símbolo cultural, la apropiación y el control integral de “territorios originarios”, la recuperación de un pasado indígena considerado época de oro. Pero concebida así la acción política, no escapa a lógicas ambiguas e incompatibles. Hay una “lógica defensiva” contra procesos de modernización y globalización que ha amenazado de varias formas las formas de vida y organización de las colectividades indígenas. Tras la acción política identitaria subyace también una lógica cuyos efectos pueden ser devastadores en el plano político-estatal si se rechaza de plano estructuras de mediación poniendo en práctica la pretensión utópica de generalizar las estructuras comunitarias del ayllu como forma de organización estatal. Por último, existe una lógica pragmática que sirve para legitimar acciones en torno a demandas e intereses específicos que se insertan en una política de integración multicultural diferenciada y no de autonomía política: acceso a la tierra y mercados para sus productos, caminos, salud, educación, etc. Es decir, no se ponen todos los huevos en una canasta y los códigos discursivos son utilizados en diversas estrategias para que el Estado reconozca intereses e identidades indígenas.

Finalmente, el cuarto efecto importante de las elecciones tiene que ver con una significativa redistribución territorial y regionalización del voto. Ha surgido una geografía electoral por la cual la representación política se ha fracturado territorialmente en dos grandes regiones. La expresión más contundente de esta fractura es, por una parte, el triunfo del MAS por mayoría relativa en cuatro de los cinco departamentos donde está concentrada la población indígena y la volatilidad electoral fue alta en el pasado (La Paz, Oruro, Cochabamba y Potosí) y, por otra parte, la victoria del MNR, también por mayoría relativa, en los departamentos amazónicos (Santa Cruz, Beni y Pando) y el triunfo aislado del MIR en Tarija. Por lo tanto, la volatilidad

electoral se ha manifestado en una abrupta redistribución territorial del voto. Cabe suponer, por ejemplo, que en el departamento de La Paz los sectores que votaron en elecciones pasadas por CONDEPA, decidieron ahora su voto por el MAS y el MIP que conquistaron 15 de los 34 escaños adjudicados al departamento.

Las elecciones de 2002 han creado un sistema de partidos en el cual los partidos tienen una desigual fuerza y presencia regional; fenómeno que ha sido favorecido por dos razones principales: a) el sistema electoral de doble distrito, que refuerza la territorialización del voto en torno a partidos o movimientos que tienen bastiones electorales locales y/o regionales y b) la elección de diputados y senadores en nueve distritos departamentales que ha creado una gran desproporcionalidad territorial del voto o “malapportionment” que es de las más altas en Latinoamérica y el mundo. El principio de la igualdad del voto ha sido vulnerado porque el voto de un ciudadano en Pando vale mucho más que en La Paz o en Santa Cruz. En las elecciones de 2002, para elegir un diputado plurinominal en Pando se necesitaron 3.270 y en La Paz 28.377 votos. Este es un problema que exigiría una nueva redistribución del número de diputados por departamento de acuerdo al crecimiento demográfico.

Repensando la representación política y la institucionalización de los partidos

Los resultados electorales refutan varios pronósticos irreflexivos. Análisis prospectivos basados en diagnósticos controvertidos y especialmente en encuestas poco confiables corren el serio peligro de cometer graves equivocaciones, casi inevitables cuando además no se adoptan precauciones metodológicas y se infieren de opiniones momentáneas captadas por las encuestas comportamientos reales y efectivos. Es un principio sociológico clásico -sustentado por Marx y Weber entre otros -

que las ideas y opiniones de la gente no pueden ser confundidas con su comportamiento y acción real⁴. Todas las encuestas hechas en el país desde 1990 -tanto las referidas a cultura política y democracia como a intenciones de voto- han resaltado la falta de credibilidad de los partidos políticos, el descontento ciudadano con ellos e inclu-

so la opinión de que sería posible y deseable una democracia sin partidos. Si estas opiniones hubieran repercutido en las diversas elecciones, el resultado lógico habría sido una altísima desertión y abstención de los electores, y una debacle del mismo sistema de partidos como sucedió en Perú y Venezuela. Sin embargo, los resultados electorales contradicen los análisis de analistas mediáticos como Lázarte que fue el que más lejos se aventuró por esta senda de atropelladas deducciones al aseverar

que “indicadores y constataciones empíricas” eran suficientes para fundamentar tres afirmaciones categóricas: a) que se había producido el divorcio entre la mayor parte de la población con el actual sistema de partidos “tradicionales”; b) que con el fin del trípode de partidos era el sistema mismo de partidos que llegaba a su fin y c) que, por su debilitamiento electoral, los partidos serían incapaces de

Contrario a lo que se esperaba, el sistema de partidos boliviano no se ha derrumbado ni ha llegado a su fin. El cambio notable ha sido fundamentalmente la desaparición y declinación de algunos de los partidos y el surgimiento de otros, lo cual equivale a una metamorfosis pero no a una disolución del sistema de partidos como tal.



4 Sartori destaca esta cuestión: “dar por segura una opinión no equivale en modo alguno a prever un comportamiento. Un parecer sobre un *issue*, sobre una cuestión, no es una declaración de intención de voto” (Sartori 1998:75).

producir un gobierno y una oposición funcional.

Comparando los resultados de las elecciones desde 1985 con los resultados de estas elecciones, a partir del punto de vista de los rasgos estructurales que han caracterizado la representación política, son tres los cambios realmente dramáticos: la polarización, la fractura regional del voto y el desarrollo de la representación política basada en la identidad étnico-cultural. Ninguno de ellos expresa el hastío con viejos partidos, y menos permite sostener la hiperbólica idea de un fin casi apocalíptico del sistema de partidos. En aspectos importantes es indiscutible que hubo continuidad más que discontinuidad en las características estructurales de la representación política.

El número efectivo de partidos no ha variado mucho: en 1997 fue de 5.36, ahora es de 4.35. Pese a la volatilidad electoral, las mayorías relativas persisten vinculadas a la existencia de partidos como el MNR, con un potencial electoral que se puede calificar de estable. Aunque con altibajos en relación a 1993, la votación del MNR se mantiene casi igual a la de 1997, mientras que la del MIR ha descendido respecto a su porcentaje en 1989. La volatilidad del sistema electoral ha sido del 15.55% y no ha variado sustancialmente. Si bien se ha ampliado el universo electoral y la depuración de los registros electorales ha avanzado, los porcentajes de participación y abstención tampoco se han modificado. Detrás de estos datos se esconden problemas permanentes, pero relativos de la representación política que no han recrudescido hasta provocar “la crisis” del sistema de partidos. El problema de volatilidad electoral se origina en el descontento cíclico con los partidos gobernantes que resulta de su pobre rendimiento en la solución de los problemas económico-sociales y que, junto a la corrupción, defraudan a vastos sectores sociales al mismo tiempo que producen un vacío que genera expectativas y esperanzas en nuevos líderes. Por esta razón, el potencial del populismo sigue siendo grande. Sin embargo, el hastío hacia

los partidos políticos y el desencanto con la política han sido fenómenos relativos porque la sociedad no ha asumido posiciones antipartido y antidemocráticas lo cual se manifiesta en la participación electoral que ha seguido por encima del 70%.

Después de la crisis social y política de 2000 era opinión casi generalizada que sobre el horizonte se perfilaba una seria crisis de deslegitimación de los partidos políticos y las instituciones del Estado. Tendencias antisistémicas iban ganando cuerpo. Tanto el poder ejecutivo, el parlamento, los gobiernos regionales y locales como los partidos de gobierno y de la oposición habían perdido en esa crítica coyuntura la capacidad de ser articuladores y canalizadores de las demandas y conflictos sociales. Los principales escenarios institucionales habían entrado en crisis de tal manera que lo que empezó como falta de rumbo de la coalición de Banzer y crisis de la gestión gubernamental pareció transformarse progresivamente en una crisis de Estado y de los partidos. Pero, dado este crítico trasfondo, llama la atención que éstos no tuvieran un impacto devastador en las elecciones de 2002. La declinación de los partidos fue limitada; la desconfianza en los partidos no se tradujo en una crisis de colapso del sistema de partidos ni fue canalizada por *outsiders* y fuerzas antipolíticas como ocurriera en el Perú y Venezuela. Tras la muerte de los dos casos notorios de *outsiders* -Palenque y Fernández, que se integraron al sistema de partidos e incluso participaron en gobiernos de coalición-⁵ el nuevo intento de candidatos antipartido como del exministro de Justicia Blattman en las elecciones de 2002 terminó más bien en un rotundo fracaso.

¿Reflejan los cambios en la representación política una embrionaria institucionalización del sistema de partidos? Mainwaring y Scully han planteado cuatro criterios para diferenciar los niveles de institucionalización de los partidos políticos en América Latina: a) la estabilidad en las reglas de juego y el fortalecimiento

⁵ Sobre las razones por las que Bolivia resistió la ofensiva de los *outsiders*, ver Mayorga 1995.

de la competencia interpartidaria, b) la existencia de partidos con fuertes raíces en la sociedad, c) la legitimidad acordada por los actores políticos al proceso electoral y los partidos y d) la existencia de organizaciones partidarias bien establecidas (Mainwaring y Scully 1995:4-6). Con base en estos criterios, estos autores clasifican al sistema de partidos de Bolivia, junto con el de Ecuador y Brasil, como un sistema de partidos embrionario. Aplicando sus mismos criterios, se puede evaluar de una manera más positiva la institucionalización alcanzada por el sistema de partidos en Bolivia, por lo menos, en tres aspectos. El sistema de partidos ha sido bastante exitoso en crear una relativa estabilidad de las reglas de juego y fortalecer la competencia entre los partidos. Si no fuera así, el sistema de partidos no habría desarrollado la capacidad de acuerdos y formación de gobiernos de coalición. A pesar de la erosión parcial que tuvo lugar en estas elecciones, hay dos partidos -el MNR y el MIR- con raíces estables en la sociedad como se demuestra por la votación obtenida entre 1985 y 2002. No obstante el rechazo del MIP y el MAS a la “democracia burguesa”, las reglas de juego y la legitimidad de los procesos electorales no están cuestionadas.

Respecto al cuarto criterio de institucionalización persisten serias dudas. Excepto el MNR, los partidos y nuevos movimientos políticos carecen de sólidas organizaciones y estructuras internas. Este aspecto es el más controvertido. Impulsada por la ley de partidos políticos y la ley electoral, se lanzó un proceso de democratización interna de los partidos, todavía embrionario. Sin definir cuáles deben ser en concreto las normas y procedimientos que deben respetar los partidos, la ley de partidos políticos exige a los partidos de modo general el ejercicio de la democracia interna estableciendo normas de elección y nominación de candidatos que garanticen la organización y el funcionamiento democrático de los partidos. El proceso de

democratización interna fue impulsado desde 1999 con las transformaciones que trajo consigo la ley de participación popular elevando al municipio a una categoría hasta antes desconocida por el sistema político. Los partidos se vieron ante la necesidad de adecuar sus estructuras a los nuevos espacios locales.

En síntesis, los niveles de institucionalización del sistema de partidos no serán óptimos, pero tampoco son menospreciables. Esta es una de las razones principales por las que los grandes cambios ocurridos en las elecciones de 2002 no afectaron irremediamente la continuidad del sistema democrático. Por el contrario, en un contexto de grandes conflictos sociales por la exclusión social, la persistencia de la pobreza, y, en fin, por las limitaciones y debilidades del desarrollo económico, el sistema democrático demostró cierta firmeza y adaptabilidad frente a los grandes desafíos que enfrenta.

Bibliografía

- Eder, Klaus, 2001, “De los intereses a la identidad y de ésta de vuelta a los intereses. Los límites de los movimientos en la sociedad moderna”, en Maiz, Ramón, editor, *Construcción de Europa. Democracia y Globalización*, Vol. 1, Universidad de Santiago de Compostela.
- Mainwaring, Scott y Scully, Timothy, 1995, *Building Democratic Institutions*, Stanford University Press, Stanford.
- Mayorga, René Antonio, 1995, *Antipolítica y Neopopulismo*. La Paz: CEBEM
- , 2001, “The Mixed-Member Proportional System and Its Consequences in Bolivia”, en Shugart, Matthew y Wattenberg, Martin (eds.), *Mixed-Member Electoral Systems: The Best of Both Worlds?*, Oxford University Press, Oxford.
- Sartori, Giovanni, 1998, *Homo Videns. La Sociedad Teledirigida*, Taurus, Madrid.